

EJERCICIO DE LA MEDICINA HASTA LA INDEPENDENCIA. SIGLOS XVI, XVII, XVIII Y XIX

Donato Depalma

MÉDICOS QUE VINIERON CON LOS CONQUISTADORES RIO- PLATENSES (1527-1580)

La Corona se preocupó de que no faltasen médicos en las expediciones que partían hacia las Indias Occidentales, y hay capitulaciones donde específicamente se leen cláusulas como las siguientes:

“... Es muy conveniente que en cada compañía o al menos en medio del Real (se refiere a la posesión) haya un hospital, un médico y un boticario, para que curen a los enfermos y heridos que hubieren; y si estuviesen muy necesitados de salud, los envíen al hospital que dicho tenemos, para que allí sean bien curados y mejor tratados. Y las medicinas que fuesen necesarias y los ungüentos que fueran menester se saquen de la botica, y el boticario las provea a costa del príncipe o del señor que envía este ejército formado, porque los soldados tengan algún refugio y ayuda con algún alivio que bueno sea...”

En abril de 1527 fondeó en una ensenada rioplatense, algo más arriba de “Punta Gorda”, la armada de Sebastián Gaboto, integrada por tres naves; en la capitana, “Santa María de la Concepción”, participaban en calidad de cirujanos el maestro Pedro de Mesa, y el maestro Juan; en la “Santa María del Espinar”, el cirujano Fernando de Molina, y en la “Trinidad”, su colega, Hernando de Alcázar. Gaboto, al contratar aquellos galenos, no hizo sino llenar una obligación, ya que el monarca español le había ordenado en las **Instrucciones** refrendadas el 22 de setiembre de 1525, que “... debía tratar a toda la gente bien e amorosamente, haciéndolos curar lo mejor posible a cuantos adoliciesen y fueren heridos, visitándolos, e impidiendo que físicos ni cirujanos les lleven dinero por la cura...”

El citado Pedro de Mesa era natural de Sevilla y tenía 42 años cuando recaló en nuestras playas. “Debió ser -apunta Eliseo Cantón- uno de los

cirujanos más caracterizados de la expedición, por cuanto venía en la nave capitana y por los reiterados actos de independencia de criterio y firme carácter, del que dio pruebas durante y después del viaje...”

Acompañó a Gaboto Paraná arriba hasta los ríos Paraguay y Bermejo, y se hallaba en “Sancti Spiritus” cuando este fuerte fue asaltado por los indígenas. De resultas de aquella sorpresa recibió tres heridas de flecha. Regresó a España con los restos de la armada de Gaboto, y nada más sabemos de él.

El maestro Juan -cuyo apellido desconocemos- nació en 1498. También estaba en “Sancti Spiritus” y colaboraba con de Mesa cuando irrumpieron los indígenas. En aquella oportunidad pereció bajo una lluvia de flechas el cirujano de la nao “Santa María del Espinar”, Fernando de Molina; había querido huir, pero le fue imposible. Subió a uno de los bergantines, más la varada nave no pudo alejarse de la playa. Luchó valientemente hasta que cayó exánime. “... Así falleció -recuerda Cantón- en lo que hoy es territorio argentino, el primer cirujano español asactado por los querandíes...”

A bordo de la “Trinidad” venía el práctico bachiller Hernando de Alcázar, pero no figura entre los que declararon acerca de lo acaecido en aquel emplazamiento, por lo que debió estar ausente de los sucesos.

Pedro de Mendoza -primer fundador de la ciudad de Buenos Aires- traía al doctor Hernando Zamora. Se sospecha que el cirujano era el bachiller Martín de Armencia, aunque desconocemos el nombre del boticario. Como digresión nos permitimos recordar que los sueldos del físico y del cirujano se cotizaban en 50.000 maravedíes por año, en tanto que la boticario se le abonaban 25.000. Los honorarios surgirían -dicen las órdenes del Rey- “... de las rentas y provechos que tuviésemos en las dichas tierras y provincias del Nuevo Mundo...” Zamora además de ser el médico de la expedición lo era muy especialmente de Pedro de Mendoza. Durante tres o cuatro años permaneció junto al Adelantado, más nada pudo hacer para curar el mal gálico -sífilis- que le roía los pies y las manos hasta los huesos...

La historiografía médica que ha tratado de esclarecer los pormenores de la enfermedad que padeció Mendoza posee datos pobres o deficientes, y se pregunta porqué su médico no utilizó el tratamiento mercurial que por entonces era conocido. Aquella medicación específica se utilizaba con largueza para todo tipo de lesiones dérmicas -incluso las caries óseas- por lo que cabe inferir que el Primer Adelantado padeció, tal vez, otras graves complicaciones.

Zamora regresó a España acompañando al ilustre paciente, y no se apartó de su lado ni como médico ni como amigo, hasta que el fundador falleció durante la travesía. Zamora poco después de su arribo solicitó retornar al Río de la Plata en la expedición de Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Una Real

Cédula expedida el 4 de febrero de 1540 ordenaba su ingreso a la armada del 2do. Adelantado, junto al doctor Pedro de Sayas, quien formó parte del cuerpo expedicionario que llegó hasta Asunción. Las noticias se pierden allá por 1564 donde aun ejercía su profesión.

En 1541, en vísperas de la despoblación de Buenos Aires, aparece en el atribulado villorrio el médico genovés Blas de Testanova quien recibía 50.000 maravedíes por asistencia del vecindario.

Eran tiempos difíciles, y ningún súbdito profesional quería acercarse a la desmantelada aldhuela. Permanecía aun en el Río de la Plata entre 1546 y 1558, lapso en el que aparece vinculado a diversos sucesos.

En 1550 arribó con Nufio de Chaves, Juan Sotelo, natural de Beluys. Era cirujano y no se consignan otras noticias acerca de su actividad en el Plata.

En la expedición de Ortiz de Zárate -1572- arriban Masse Andrés y el italiano Menagliotto; el primero era de Parma y el segundo aún ejercía su profesión en 1606, ya que en carta remitida por Hernandarias declaraba "... que este profesional italiano era de gran servicio a la tierra por ser médico..."

Cuando en 1627 la viruela hizo estragos en Buenos Aires, el Cabildo de Asunción prohibió que los barcos provenientes de aquella ciudad recalaran en sus puertos, y ordenó que los navíos debían detenerse a ocho leguas de distancia. Sin embargo, el 30 de agosto de aquel año, una embarcación al mando de Martín Box hizo caso omiso de lo ordenado, por lo que las autoridades del Cabildo comisionaron a Menogliotto para que subiera a bordo e informara acerca de los peligros de contagiosidad que pudieren surgir.

Pero Uds. se preguntarán ¿qué pasó con Garay al refundar la ciudad en 1580?

Que se sepa no se consignan datos sobre médicos, cirujanos o boticarios; sin embargo no se olvidó de demarcar el predio que ocuparía el Hospital. Es la manzana que corresponde a las actuales calles Reconquista, 25 de Mayo, Sarmiento y Corrientes.

"... Lo que llama la atención -escribe Cantón- que un fundador de pueblos como Garay no hubiere traído algún licenciado, cirujano o sangrador, cuando menos civil, o religioso, ya que algunos misioneros ejercían la medicina con verdadero acierto..." "Buenos Aires nació sin tener médico, boticario, ni cura, trinidad infaltable en todo pueblo de habla española, y deberían pasar muchos años antes de que la tuviera..."

MEDICOS DESDE 1605 HASTA 1694

La pérdida de la mayoría de las Actas Capitulares de la primigenia ciudad nos impide conocer qué profesionales hubo en este asentamiento con anterioridad a esta fecha.

En enero de 1605 llegó a Buenos Aires, tal vez de paso para el Perú, Manuel Alvarez, médico cirujano. Como él mismo nos informa el 22 de enero de ese año, el procurador de la ciudad don Martín de Marechaga le solicitó que permaneciera en Buenos Aires a fin de que "... curara las muchas enfermedades, asistiendo a sus habitantes en cirugía y conocimientos médicos..."

Alvarez aceptó la invitación de acuerdo con algunos requisitos, entre los que señalaba que los pacientes debían pagarse sus medicinas. El escrito del que se extrajeron estas notas es del mismo Alvarez, y su caligrafía clara, elegante y nítida traducen un temperamento culto, noble, pulido, sereno. Su estipendio fue de 400 pesos anuales. A pesar de aquel convenio, Alvarez trató de retirarse de Buenos Aires el 23 de mayo -había aceptado el cargo al 24 de enero- pero se le notificó "... que por este año se quede y acuda a lo que debe y es obligado..." Lo cierto es que en agosto de aquel mismo año el Procurador pidió "... que se despida al médico de la ciudad, y no cure". (Testimonios del Archivo de Tribunales). En abril de 1606 alvarez aún permanecía en Buenos Aires, y otorgaba poder a Francisco Luis "... para que pueda pedir y demandar a ver, recibir y cobrar a cualesquier personas, y de sus bienes cualesquier mis peso de oro, plata, joya y mercaderías..."

En 1608 residía en la ciudad Francisco Bernardo Jijón y el Cabildo recomendaba "... que se le asalariase durante un año..." No era ciertamente el único médico, ya que actuaban otros facultativos: Juan Cordero, Francisco Villabañez y Gerónimo de Miranda. Buenos Aires poseía 300 habitantes y aquello no configuraba un exceso de galenos. Jijón, aunque remunerado por el Cabildo, creyó que no todos los senadores tenían títulos, de allí que sugiriera a las autoridades que los que se titulaban idóneos exhibieran sus certificados so pena de "... multa de diez pesos para la Cámara y Gastos del Cabildo..." (Acuerdo del Extinguido Cabildo de Buenos Aires). Jijón fue el primero en exhibir su título de cirujano del Protomedicato de su Majestad despachado en la ciudad de Madrid, además de acompañar una Real Ejecutoria ganada en la lejana Potosí. Se desconoce el resultado de aquellas requisitorias de los cabildantes, pero sorprende saber cómo las autoridades de antaño consideraban el estado sanitario de los sufridos habitantes y los emprendimientos para reprimir el curanderismo por todos los medios.

Jijón permaneció varios años en el villorrio, y algunos documentos lo señalan pomposamente como el "cirujano de la ciudad".

Al llegar Diego Marín Negrón a estas playas para hacerse cargo del gobierno, trajo en su séquito al maestro Juan Escalera, "...cirujano muy perito y entendido en dicho arte..."

Hacia 1613 la cronología galénica recoge el nombre del quirurgo Andrés

Navarro, y dos años más tarde el del maestro Xaques que había ya estado de paso en Buenos Aires a fines del siglo XVI, con destino a Corrientes. Más tarde se trasladó a Córdoba y en 1619 se presentó nuevamente en Buenos Aires. El maestro Xaques, según referencias de algunos historiadores, era Jacques Nicola o Jaime Nicola, de origen flamenco. Lo cierto es que tenía el aval de los títulos de médico y cirujano y debió ser tan notable facultativo, que los vecinos y cabildantes se interesaron por su permanencia, ya que "... ha hecho curas considerables..."

En 1620 llegó de España un lego franciscano -fray Cristóbal Gómez Polaino- quien había sido examinado en las disciplinas médicas y quirúrgicas, y obtenido los despachos y licencias expedidos por los Tribunales y Gobernadores de su Majestad. Jacques Nicola y Gómez Polaino no debieron ser los únicos médicos arribados a Buenos Aires entre 1619 y 1620, ya que el Cabildo el 5 de octubre de este último año admitía que "... en esta ciudad hay muchas personas que curan de medicina y cirugía, y conforme a las leyes reales no pueden usar los dichos oficios sin presentar en este Cabildo los títulos, y por eso se ordena que todos deben exhibir sus certificados so pena de 20 pesos..." Pero si en 1620 proliferaron los médicos, dos años más tarde escaseaban, ya que en 1622, al volver a España el maestro de navío Pedro Díaz Carlos se le encargó oficialmente que trajera a su regreso un "... médico y boticario con medicinas para que asistan en esta ciudad..."

Entre 1620 y 1621 se puso de manifiesto la necesidad de afinar más médicos ya que un hecho trágico -la peste- puso en peligro la existencia de la misma ciudad. Pasaron de mil las defunciones y de tres mil los que huyeron de su asentamiento. Según referencias, la peste -forma genérica de designar cualquier epidemia- era de viruela y tabardillo(1).

En 1625 parece ser que había un sólo médico, Francisco Paulo, "excelente de profesión", pero por "no poder ausentarse" solicitaba licencia para trasladarse a Córdoba. Lo cierto es que dadas las condiciones de pauperización, los capitulares no le extendieron la autorización de partida.

En 1630 fallece Monseñor Pedro Fajardo y fueron el cirujano Alejo Rivero y su asistente José Idulta quienes embalsamaron el cadáver. El primero cobró 25 pesos por su trabajo y el segundo 12. Se gastó en aquella operación conservadora un frasco de aguardiente español, un buche de almizcla (sustancia aromática que se usa en perfumería y en medicina), bálsamo y azúcar blanca. Se consigna además en aquel desembolso, la inclusión para los actuantes de mistela (2), bizcochos y aguardiente.

En 1634 ejercía un doctor llamado Jacome De Luca y en 1635 aparece Diego Leitado, quien es reconocido "Cirujano Mayor de la Junta de Guerra" de Buenos Aires.

Otros nombres, Federico de Espinosa, Manuel González Pereyra y Gaspar de Azevedo, engrosarán la nómina de este período virreinal. Respecto de este último facultativo las relaciones de época testimonian "que es barbero y sangra; aplica ventosas y cura algunas veces de cirugía..."

Fue un empírico de prestigio, y entre los libros que poseía se recuerdan **Socorridos -en dos cuerpos-** "Anatomía", "Cirugía", y otros vinculados a algunas especialidades.

También se mencionan los nombres de Alonso Garro como "cirujano morador afincado", y el de otros que se hallaban de paso.

Manuel alvarez Carnero fue un docto que aparece en el **Registro de gente portuguesa**. En su filiación se certifica "...que no tiene más caudal que una casa pequeña y que se sustenta con los gajes de su oficio, está casado con mujer criolla, tiene un hijo de 9 años y entró en este puerto sin licencia de su Majestad..."

Andrés Geddeon es recordado "...porque acudía a curar a todos los enfermos que le llamaban, y en particular a los indios y a los negros, porque entiende de su facultad e hizo curas acertadas...". Tomás León fue tal vez el primer médico irlandés. Permaneció 15 años en nuestras tierras y se desempeñó entre 1649 y 1664.

En 1660 se constituyó un tribunal para juzgar a los filiatras y pseudo-médicos. Estaba compuesto por Alonso Garro de Aréchaga y Francisco Navarro; dos fueron los examinados: Pedro de Silba y Antonio de Pasarán a quienes se le efectuaron "muchas preguntas y repreguntas". El primero fue aprobado, y al segundo se le prohibió el ejercicio de la profesión.

En 1677 hizo su testamento el médico cirujano Baltasar Grasaun, natural de Borg (Alemania), y parecería -según algunas constancias- que ejercía su profesión desde no pocos años atrás.

En octubre de 1670 otro médico había arribado a Buenos Aires; se trataba de Juan de la Peña. Ese mismo año se intimaba a Juan de Ovegoroso Villegas que profesaba sin habilitación alguna que cesara en sus actividades ilícitas.

En los años venideros continuarán recalando en la rada porteña otros galenos procedentes de las más diversas escuelas europeas: algunos ejercerán en pueblos cercanos y otros se radicarán en Córdoba, Santa Fe, Corrientes, Santiago del Estero, Tucumán, Mendoza y demás ciudades del interior.

Nos hallamos en 1700. Si bien corresponderá a una exposición especial el ejercicio de la medicina en las reducciones guaranícas es importante señalar que inicialmente no hubo en aquellas misiones ni médicos, ni cirujanos, y sólo las necesidades extremas hicieron que algunos padres jesuitas se volcaran al cuidado de sus hermanos y feligreses con más buena voluntad que

ciencia. Los **Anuas** del lapso 1641-1643 documentan que los misioneros sangraban a los indios y los curaban de sus enfermedades adiestrando a los mismos aborígenes para que hicieran de enfermeros. Empero una mención especial tendremos para el hermano Pedro Montenegro, autor de **Materia Médica Misionera** y probablemente de un **Tratado de cirugía**, quien fuera el más renombrado médico de las reducciones nortekñas durante el siglo XVIII.

La expulsión de los jesuitas se llevó a cabo en 1767, pero dejaron su impronta en las lejanas reducciones guaraníes: Bernardo Nogué, que ya había actuado en Buenos Aires y en Montevideo, Justo García Valdes, Félix Pineda y Vicente Berduc.

Tomás Falkner o Falconer abarca con inagotable singularidad uno de los aspectos narrativos más fascinantes del setecientos. Nació en la ciudad de Manchester. Era calvinista, hasta que en 1731 se convirtió al catolicismo. Según el testimonio de un compañero, Falkner estudió ciencias físico-matemáticas bajo el magisterio del célebre Newton, y curiosamente era el más predilecto discípulo del gran científico.

Culminó más tarde su carrera de médico en Londres y la "Royal Society" lo comisionó para que en nombre de la Institución partiera hacia el Río de la Plata en carácter de botánico y de físico, y estudiara las propiedades de la herboristería vernácula, así como las características terapéuticas de sus aguas. Al mismo tiempo que recibía aquella designación fue nombrado médico y cirujano de la "South Sea Company", conocida en nuestra historia con el nombre del "Asiento".

¿Qué era esta figura jurídica?. Un mutuo tratado entre España e Inglaterra -el de la esclavitud- que apuntaba a una recíproca utilidad de las dos Majestades y vasallos de ambas coronas. Transitamos 1713. Debió ser a fines del 29 o principios del 30 que Falkner partió de Londres en una nave negrera. Después de permanecer en Cádiz, la nao llegó a Guinea donde luego de cargar a las desgraciadas piezas de ébano pasó a Buenos Aires. Fue aquí donde padeció una grave dolencia. Desconocemos el tiempo que cursó y el diagnóstico de la afección, pero una vez recuperado abjuró de sus creencias calvinistas y se incorporó el 14 de mayo de 1732 a la Compañía de Jesús. De allí se trasladó a Córdoba donde estudió filosofía y teología sagrada ordenándose sacerdote en 1739 o 1740. Como misionero médico recorrió Santiago del Estero, Tucumán, Córdoba, Santa Fe, Buenos Aires y la Patagonia. En la provincia porteña fue destinado junto con el padre Matías Strobel a la reducción de Mar del Plata. Marchó desde el cabo Corrientes al cabo San Antonio y exploró las riberas del Río Colorado y del Negro. Penetró en las llanuras bonaerenses y se internó en los actuales partidos de Pilar, Concepción,

Ayacucho, Maipú, Dolores, Chascomús, llegando hasta las lagunas de Guaminí.

A fines de 1751 regresó a la reducción de Pilar, permaneció algunos meses en Buenos Aires y luego pasó a la estancia que los jesuitas tenían en Arco. Poco tiempo después se trasladó al Colegio de Santa Fe -San Miguel de Carcarañá- ubicado en el límite sur de este río. Aquí se desempeñó durante cuatro años -1752-1756- en carácter de administrador, a la vez que profesaba en su apostolado médico y religioso e incursionaba en la botánica y en historia natural. Fue un consumado coleccionista paleontológico, y en sus exploraciones atesoró minerales, huesos, fósiles y restos de una coraza de armadillo.

Aquí debemos detenernos, ya que estos últimos hallazgos se integraban al esqueleto de un gliptodonte. D'Orbigny, uno de los viajeros más fecundos que hollara el suelo argentino, afirma que este espécimen correspondía al desaparecido tatú gigante.

Según Garzón Maceda, el padre Falkner aportó además algunos datos acerca del origen de la viruela entre nuestros pobladores. El misionero revela que dicho flagelo fue importado a las provincias cuyanas por los capitanes españoles y sus súbditos, en su paso desde Chile hacia nuevos asentamientos.

Por ser Buenos Aires puerto y ciudad, con dilatados horizontes hacia el interior, las relaciones de época han permitido retener algunos nombres de los médicos bonaerenses que moraron entre 1700 y 1777; así tenemos noticias del cirujano Esteban Corredor o Corredon, quien acompañó a la caravana de carretas que iban hacia las salinas. De él sabemos que reclamó 248 pesos por sus servicios y por las medicinas empleadas, pero que tan sólo se le abonaron lo que se creyó justo: 100 pesos.

En otra expedición llevada a cabo al interior de la provincia quedó acuñado el nombre del cirujano Francisco de la Plaza, "al que se previno que se le tendrá presente en la remuneración de su trabajo en el primer repartimiento de cueros".

El 14 de octubre de 1733 hizo su testamento el médico y cirujano Antonio de Ynda; había sido facultativo del Presidio, del Hospital Real, y del Colegio de la Compañía de Jesús. Lo cierto es que la ciudad le adeudaba 15 meses de sueldo, los jesuitas 9 meses, y así otros deudores. Con gran desprendimiento Ynda donó sus propiedades a los religiosos, a la vez que disponía la entrega a don Joseph Iducta "... de los libros de medicina y cirugía que tengo en mi casa..."

En 1734 surgen en Buenos Aires tres cirujanos ingleses; los 3 Robertos: Roberto Young o Yen, Roberto Fontaine y Roberto o Norberto Espren. Los tres instalaron una botica y cobraban precios tan elevados que "tiranizaban al

pueblo". El 4 de marzo de ese mismo año se volvió a recordar que dichos médicos se hallaban asociados, y que vendían los medicamentos de su droguería a precios prohibitivos, por lo que las autoridades resolvieron citarlos obligándoles a vender según el arancel que años antes habían establecido. Otros documentos nos permiten exhumar los apellidos de Bruno Zabala, Matías Grimau y Manuel Almeida: éste último reclamaba sus honorarios luego de haber atendido a los familiares del señor Pedro García Posse. Veamos el detalle de su apelación:

Por ir hasta una estancia a visitar a un moreno:	4 pesos
Por medicamentos y asistencia a una negra:	12 pesos
Por medicamentos a un niño:	12 pesos
Por medicamentos a Don Pedro:	12 pesos
Por medicamentos a una ama:	11 pesos

Al promediar 1765 Buenos Aires contaba con 18.000 habitantes. Se hallaban inscriptos 10 médicos y cirujanos, sin incluir los de las comunidades religiosas.

En 1771 se consignan 11 médicos extranjeros. Luis Molinari, erudito investigador, halló un curioso documento en el que regían los aranceles y honorarios a los cuales debían atenerse los profesionales de la ciudad y pueblos del interior. Por su rigurosidad histórica parece válido incluir textualmente la cita del mencionado autor.

Por visita simple:	4 reales
Por amputación de un miembro:	1 peso
Por visita a dos leguas:	1 peso la legua
Por visita que dure días:	6 pesos por día

Por visita que exceda la distancia de dos leguas: se cobrarán 6 reales de ida y 6 de vuelta y 1 peso por cada visita, estando a cuenta del médico o del cirujano el costo de las cabalgaduras y demás diligencias.

Cuando las intervenciones fueran extraordinarias el protomédico regulará los honorarios.

Por sangrías, los barberos y flebotomistas percibirán:	2 reales.
Por aplicación de sanguijuelas:	2 reales
Por aplicación de ventosas simples:	2 reales
Por aplicación de ventosas sajas o escarificadas:	3 reales

Esta primitiva cartilla de honorarios -hoy diríamos nomenclador- se extendía a los aranceles que debían percibir las matronas o parteras, al mismo tiempo que establecía diferencias entre parturientas ricas y pobres. También

comprendía al cobro de la atención de las esclavas, en cuyo caso los emolumentos correrían por cuenta del amo.

PROTOMEDICATO

Antecedentes:

Méjico y Perú tuvieron esta organización sanitaria a fines del siglo XVI, por lo que el Virreynato del Río de la Plata anhelaba contar con una institución análoga a las vigentes en España y en aquellos territorios de ultramar. Esta inquietud cristalizó inicialmente en la provincia de Córdoba, más las dilatadas distancias y los problemas jurisdiccionales que su dependencia de Lima implicaban, justificaban e imponían el establecimiento de un Protomedicato independiente.

A principios de 1777, meses antes del arribo de Vértiz a Buenos Aires, su predecesor, el virrey Ceballos, había creado un Protomedicato y designado a Francisco Puig -cirujano mayor- y a Luis Blet -boticario mayor del Ejército- para que examinaran, reconocieran y evaluaran los títulos de los quirurgos, clínicos y boticarios, para saber si legítimamente los tuviesen.

Vértiz sería el propulsor de la novísima corporación. En las relaciones de antaño se certifica que este virrey "creó el Protomedicato nuevamente fundado", el 17 de agosto de 1780. Esta novedad fue comunicada a todos los pueblos y villas del Virreynato, a la vez que se hacía saber que el doctor Miguel Gorman había sido electo "Protomédico del Tribunal Real".

Fue un gran acierto de Vértiz el haber escogido a un profesional cabal, con ciencia y experiencia, para el desempeño de aquel menester. Gorman había nacido en 1748, en Ennis, provincia de Munster (Irlanda) y cursó en las Universidades de Reims y de París. En esta última fue laureado con las borlas de doctor. En el lapso 1770-71, hallándose al servicio de España, fue comisionado para ir a Inglaterra con el propósito de estudiar la variolización tal como la practicaban Pringles y Murphy. Ocho meses permaneció junto a aquellos, y en 1774 regresó a Madrid donde revalidó su diploma. Ese mismo año se le confió un puesto en la expedición a Argel, y tiempo después se lo asignó a la campaña de Ceballos en carácter de 1er. Médico. En Buenos Aires, bien pronto merced a su inquebrantable laboriosidad y a su tesonera voluntad, fue ganándose el respeto y el cariño de la población que veía modificar el aspecto higiénico de la ciudad y su estado sanitario.

El Protomedicato estableció las bases de la deontología médica y de la medicina legal. Declaró obligatoria la denuncia de la t.b.c., de las demás enfermedades infecto-contagiosas y de las heridas criminales.

Organizó el aislamiento en extramuros de los variolosos y de los leprosos y estableció un lazareto en el fuerte San Juan Bautista, a orillas del Río Salado. Practicó y divulgó la vacunación.

Contribuyó a proveer a los hospitales de mayor número de camas y medicamentos.

Propició la limpieza de calles, la incineración de los animales muertos, la inspección de los corrales, el traslado de residuos y el drenaje de jagüeles y lagunas pantanosas.

Dispuso el aislamiento y confinación de los negros esclavos recién llegados, habida cuenta su relación directa con la viruela, la sarna y otras erupativas.

Bregó por el control del agua potable.

Intervino en la regulación de honorarios y en los precios de los medicamentos: aplicó multas y castigos a los curanderos y a los empíricos no graduados y sin título, llegando a dictar penas de prisión o destierro.

Sugirió el traslado hacia extramuros de los talleres de curtidores y veleros.

Tal, sucintamente, las normas establecidas por la Institución.

El plan de estudios de Medicina y Cirugía preparado por Gorman lleva fecha del 22 de julio de 1800. Fue aprobado por el virrey Avilés y se señalaba que el mismo debía concluir en 6 años. Gorman se ocupó de dictar Clínica Médica en su carácter de protomédico; Francisco Cosme Argerich fue designado suplente, en tanto que las clases de cirugía se hallaban a cargo del doctor Fabre por renuncia de Capdevila.

Las demostraciones y disecciones se realizaban en el campo-santo del Hospital de los betlemitas, en el anfiteatro anatómico, de cuyo patético escenario el doctor Cantón nos ha dejado un relato inolvidable.

De los 15 alumnos inscriptos, 13 dieron un examen brillante el 4, 5 y 6 de julio de 1803. No sabemos a ciencia cierta si los 13 examinados llegaron a terminar el curso -Albarellos lo da por concluido en 1808- pero consta que el segundo se inició en 1804 con 4 alumnos en primer año.

Como digresión, nos permitimos recordar que el plan de estudios creado por Gorman estaba sustentado por los principios que regían en la Universidad de Edimburgo.

Tras las invasiones inglesas, el arrojo ciudadano ocupó todos los recursos para la victoria, y entre sus más estoicos servidores, estuvieron los médicos, cirujanos sangradores y boticarios, asistidos por voluntarios.

SUCESOS DE MAYO, 1810:

Buenos Aires contaba a la sazón con 60.000 habitantes. Digamos ya que

los dos catedráticos del Protomedicato -Argerich y Fabre- y los licenciados Justo García Valdés y Bernardo Nogué integraron el Cabildo Abierto del 22 de mayo de 1810.

Juan Madera, participante de la primigenia promoción, firmó la representación popular de aquel acontecer y luego partió en la primera Expedición Libertadora rumbo al Alto Perú, en calidad de "cirujano en jefe"; compartían aquella misión Manuel Antonio Casal, Sixto Malonini (boticario), Francisco García (practicante) y dos sangradores. Estos meritorios ciudadanos conformaron el germen de la Sanidad Militar y asistieron a los enfermos y heridos después de Suipacha. Al regresar, Madera fue designado cirujano del Estado Mayor de la Plaza de Buenos Aires -1812- y su trayectoria se proyectará con la luminosidad de los egregios.

En 1813 se desempeñó en la Sanidad del Puerto, a la vez que cumplía funciones de disector en el Colegio de Anatomía. Efectuaba el reconocimiento de los aspirantes a granaderos y se ocupó del examen de los esclavos recién arribados.

En 1817 es designado cirujano del Cabildo y de la Casa de los Niños Expósitos.

En 1821 es nombrado catedrático de Materia Médica. Bregó por incorporar las pericias médico-legales en las instancias criminales.

Defendió con infatigable celo la difusión de la vacuna antivariólica, y fue un denodado luchador contra la rabia.

Madera fue y es un trozo vívido de nuestra historia. Falleció en 1829 cuando sólo tenía 47 años.

Otro de los alumnos inscriptos en el Protomedicato -Baltazar Tejerina- prestó servicios en el ejército del Alto Perú bajo las órdenes de Ocampo y Díaz Vélez.

También le hallaremos en la batalla de Tucumán organizando hospitales de sangre junto al doctor Diego Paroissien. Belgrano aseveraba en 1817 que "...Tejerina era uno de los individuos que hacen honor a su profesión por sus luces, y a quien debo recomendar por su puntual desempeño en obsequio de estos hospitales..." A pesar de este elogio debemos consignar que Tejerina no tenía títulos ni había finalizado sus estudios.

Hasta 1814, el Protomedicato fue cumpliendo con altibajos la misión que se le encomendara, pero las vicisitudes de la guerra de la Independencia obligaron a su reformulación; así se crea el "Instituto de Medicina", que poco después se transforma en "Instituto Médico-Militar", el que iniciará sus funciones en 1815.

Los senderos de la patria se cubren de gloria y muchos médicos acompañarán con sus nombres los resplandores de la gesta libertadora. Recogemos

el de Manuel Berdía, cirujano del Ejército del Perú, el de Pedro Carrasco, cirujano del Cuerpo de Patricios, el de Antonio Casal, incorporado a las tropas destinadas a Montevideo, el de Juan Espinosa perteneciente al escuadrón de los gauchos de Güemes, el de Antonio Castellanos médico del caudillo norteco, el de Juan Cayetano Molina, inscripto en los cuadros de la marina, el de Cristóbal Martín Montufar, cirujano mayor del Ejército, el de Diego Paroissien, eximio ayudante de la Sanidad del Ejército de los Andes, el de Francisco Paula Rivera, quirurgo de la Residencia o de San Telmo, y el de Juan Isidoro Zapata, cirujano 2do. del Ejército Libertador.

No podemos dejar de mencionar a los sangradores, enfermeros y flebotomistas, como así tampoco a los auxiliares, boticarios y practicantes que, silenciosamente trabajaron en aras de aquel objetivo común. Cantón agrega a la lista de los sacrificados servidores del Ejército los nombres de los religiosos: Augusto de la Torre, Antonio de San Alberto, José María de Jesús, Pedro del Carmen, Isidoro de San José y Toribio Luque, quienes prestaron igual diligencia al vencido por las epidemias como al caído en los campos de batalla. A todos llevaron confortación con el doble apostolado de la cruz y de la ciencia. Acotemos que, a los 10 años de la Revolución de Mayo, eran ya más de sesenta los doctos y licenciados que prestaban servicios en las confrontaciones militares y en las expediciones de la época.

Respecto de la atención de las mujeres, debemos mencionar que en 1761 -así lo testimonia Aníbal Ruiz Moreno- se dieron los primeros pasos para brindar a Buenos Aires un nosocomio exclusivamente femenino; dos o tres años más tarde se inauguraría esta prestación en la "Casa de Huérfanos" con los recursos ofrecidos por un caballero -más altruista que rico en fortuna- y que constaba de una sala con 13 camas. Los fondos escasearon tan rápidamente que no se pudo realizar su mantenimiento, y sólo en 1744 por el empeño de don Manuel Basavilbaso se dispuso de un local más amplio y adecuado. Así lo reconocía el Cabildo el 27 de febrero de 1790, a la vez que ponderaba el singular mérito de su gestor. Su primer cirujano fue Jerónimo de Aréchaga. No percibía sueldos y ayudaba con medicamentos, en tanto que el primer clínico fue Joaquín Terreros a quien en 1794 sucedería Cosme Argerich.

Hasta 1800, las enfermeras eran las mismas huérfanas, y el Reglamento acordado por la Junta de Gobierno de la "Hermandad de la Santa Caridad" ya propiciaba el empleo de voluntarias para una mejor asistencia, comunicando "... que las señoras que quieran hacerse cargo de cuidar alguna cama de pobres enfermas, o suministrarles de comer algún día, eligieran semana, mes o año, para tal diligencia...".

El crecimiento de la población fue imponiendo la necesidad de nuevos

nosocomios, y en la segunda mitad del siglo XVIII, ciudades como Mendoza, San Juan, Tucumán, Salta y Jujuy, Santa Fe y Corrientes ya poseían casas y asilos con internación, aunque la asistencia se realizaba en condiciones precarias y siempre paupérrimas.

Con referencia a uno de los males bíblicos que siempre apesadumbró al ser humano -nos referimos a la lepra- Garzón Maceda aproxima una teoría sugerida por los doctores Penna y Mallo, según la cual el "mal de San Lázaro", fue introducido en Buenos Aires durante la época esclavista, cual embozado polizón, a través de los negros de Angola. Aquí debemos exaltar la figura del doctor Manuel Rodríguez y Sarmiento, cirujano romancista prominente de Santa Fe, quien tuvo la responsabilidad de asistir aquí -entre 1792 y 1837- a los afectados por el Mal de Hansen. Fue, según el doctor Marcial Quiroga, el primer leprologo que tuvo el país.

Tal el panorama histórico médico que quedó acuñado en las Provincias Unidas del Río de la Plata desde sus vacilantes asentamientos fundacionales, hasta la afirmación libertaria de 1816, en que nuevos emprendimientos irán fortaleciendo el acervo de nuestra nacionalidad.

Notas

(1) Según el Diccionario Terminológico de Ciencias Médicas tabardillo es la enfermedad que cursa con fiebre aguda, grave y endémica. En ciertas regiones de Méjico y otros países americanos se confunde con el tifus y la fiebre tifoidea.

(2) Mistela: bebida hecha con aguardiente, canela, azúcar y agua.

Bibliografía Selectiva

- BELTRAN, Juan Ramón: **Historia del Protomedicato de Buenos Aires**. El Ateneo, Buenos Aires, 1937.
- CANTON, Eliseo: **Historia de la Medicina en el Río de la Plata**. Soc. de Historia Hispano Americana, Madrid, 1928.
- FALKNER, P.T.: **Descripción de la Patagonia**. Hachette, Buenos Aires, 1974.
- FURLONG, Guillermo S.J.: **Médicos argentinos durante la dominación hispánica**. Editorial Huarpes. Buenos Aires, 1946.
- FURLONG, Guillermo S.J.: **Medicina y botica misionera**. Tercer Congreso Nacional de la Historia de la Medicina Argentina, Rosario 19 al 21-X-1972.
- MAYOR, Sergio: **Médicos de la Colonia y de la Independencia Argentina**. Segundo Congreso Nacional de Historia de la Medicina Argentina. Córdoba 21 al 24 de octubre 1970.
- MOLINARI, José Luis: **Historia de la Medicina Argentina**. Buenos Aires, 1937.
- MOLINA, Raúl: **Primeros médicos de la ciudad de la Santísima Trinidad**. Editio-

rial Lancetremore. Buenos Aires, 1948.

PARODI, L. y DELLEPIANI, L.: **Técnica de disección e investigaciones anatómicas.** López y Etchegoyen S.R.L. Libreros Editores, Buenos Aires, 1946.

QUIROGA, Marcial: **Historia de la lepra en la Argentina.** Talleres Gráficos Ministerio de Educación y Justicia. Buenos Aires, 1964.

RUIZ MORENO, Aníbal, RISOLIA, Vicente A., D'ONOFRIO, Rómulo: **Actualización de la obra sanitaria y médico-social de Vértiz durante el desempeño en el Virreynato del Río de la Plata (1777-1783).** Publicaciones del Instituto de Historia de la Medicina. Volumen XIX, Buenos Aires, 1959.

TUMBURUS, Juan: **Síntesis histórica de la Medicina Argentina.** El Ateneo. Buenos Aires, 1926.